

Relato circunstancial

Rafael dicenta

*“Mañana
me vestirán con cenizas al alba,
me llenarán la boca de flores.
Aprenderé a dormir
en la memoria de un muro,
en la respiración
de un animal que sueña.”*

C. permaneció con las dos manos en el volante, paralizado por el terror. Cada músculo de su cuerpo estaba en tensión, su corazón no estaba dispuesto a continuar dentro de aquel cuerpo y golpeaba frenético su pecho pidiendo que lo dejaran salir.

Acababa de atropellar algo, algo grande.

Se había quedado dormido, y el golpe le hizo reaccionar. Irónicamente, tuvo suerte, podría haberse matado perfectamente en aquella condenada carretera, tan siniestra y poco transitada, que se veía en la obligación de atravesar cada día. Le incomodaba pasar por allí de noche, que era con frecuencia últimamente.

¡Se había dormido!

Muy despacio, como si pensara que al hacerlo normalmente podía despellejarse las manos, las apartó del volante, abrió la puerta del coche y salió. Un viento frío, que le pareció como si de él se mofase, silbó cortando un silencio sobrecogedor, mientras le abofeteaba echándole en cara su imprudencia.

Cerró con energía la puerta olvidando todo sigilo precedente y se dirigió al maletero para coger una vieja linterna.

Distinguió un bulto a unos cuarenta metros, y se encaminó hacia aquella masa inerte que le llenaba de temor, mientras rogaba a un Dios en el que nunca había creído y del que jamás quiso oír hablar. Deseaba con todas sus fuerzas que fuera un animal, además, ¿qué otra cosa

podría ser en un sitio como aquel? Pero le apabullaba un mal presentimiento, uno de esos que le asaltan a uno con la certeza de la desgracia ya grabada en el corazón.

Pero enseguida sintió por sus venas el fluir de su fatídico destino, que avanzaba inexorable y le quemaba el alma. Y sus ojos, como si realmente hubiera guardado alguna esperanza de lo contrario, se llenaron de horror al ver aquel cuerpo humano, sin vida, que yacía boca arriba ante él. Ese horror fue barrido por un torrente de amargas lágrimas. Las arcadas le hicieron doblarse y vomitar hasta que su cuerpo no tuvo más dolor que soltar.

Catorce o quince años, como su hija. ¡Cómo podía la vida llegar a ser tan cruel! Tenía el pelo revuelto, de forma que su visión resultaba realmente macabra, enmarcando su juvenil y bonito rostro ensangrentado, y aquellos grandes ojos abiertos mirando hacia la cúpula celeste, abarrotada de estrellas, a la que parecía contemplar con asombro e incredulidad.

Con el alma destrozada, totalmente abatido por la circunstancia y consciente de lo ocurrido, como muerto en vida, alzó enérgicamente y sin dificultad alguna el cuerpo de aquella inocente víctima de su imperdonable e irresarcible imprudencia, sacándolo de la carretera para dejarlo sobre el suelo de aquella zona boscosa, con la delicadeza de quien no quiere derramar el agua del vaso colmado. Se sentó junto al cadáver, y apoyando la espalda en un árbol, miró al cielo al tiempo que tomaba una gran bocanada de aire, en un intento de fuga mental que no tuvo una permanencia en el tiempo mayor a medio segundo, tras lo cual, en una especie de convulsión de toda su persona, rompió nuevamente a llorar sincera y desconsoladamente escondiendo la cara entre las manos.

Extrajo la afilada hoja de su navaja y empujado por el sentimiento de haber sido vencido por el destino -pues aunque él no había creído jamás en su existencia, un desenlace tan casual no podía provenir sino de su fatalidad-, se cortó las venas.

Mientras se desangraba entre miles de recuerdos, unos reales, otros ahora imposibles probables recuerdos de un futuro que no sería el suyo, se le ocurrió pensar en lo curioso del hecho de que la niña, con el frío que hacía, no llevara un abrigo puesto. Y ¿qué hacía en aquel lugar, sola y de noche?, ¿cómo había llegado hasta allí? Tuvo un momento de arrepentimiento. Después se relajó. Tumbado junto a ella, cogiéndole la mano, cerró los ojos y espero la muerte.

No muy lejos, un joven conducía su pick-up blanca, con la cara de satisfacción de quien logra sus objetivos y se siente capaz de conseguir todo lo que se proponga.

A sus veintiocho, E. no parecía uno de esos jóvenes de futuro incierto, ni era una persona que no se conociera bien a sí misma, como hay tantas por el mundo. No, él sabía bien lo que

quería de la vida, lo que quería de la gente. Sólo hay que detenerse un poco a observar con atención para darse cuenta de lo que necesitaba escuchar cada uno, se decía, y él tenía el don de saber lo que sentía y necesitaba su interlocutor en cada momento. Un ejemplo de conducta, atento y dispuesto, admirado por todos, por su inteligencia, su humildad y sobre todo por su empatía.

Para él era como un juego, una manera entretenida de conseguir sus fines. Como un camaleón, era capaz de adaptarse perfectamente a su entorno, mimetizándose con éste, lo que hacía que todo el mundo le encontrara siempre al nivel requerido en todo momento y en cualquier circunstancia. Siempre estaba dispuesto a echar una mano, sin llamar en exceso la atención, pero dejando huella, con una inteligencia emocional fuera de lo común.

Era un chico notable, no necesitaba sobresalir. En el colegio, en el instituto, en la carrera de psicología, era como un fetiche para él, todo en su vida había de ser notable, ni más ni menos. De carácter extrovertido, parecía no tener secreto alguno. Amigo de sus amigos y fiel a su novia de toda la vida, el único punto oscuro en su vida, fue la desaparición de su hermana mayor unos meses antes de su boda.

Tengo que contarte algo importante sobre E., le había dicho su hermana a su novia un día que fue a visitarles. Él lo había escuchado desde otra habitación y se encargó de no dejarlas solas lo que quedaba de visita. Dos días después desaparecía.

Su novia no le dio ninguna trascendencia a lo que fuese que le tuviera que contar, ni jamás lo relacionó con lo sucedido, absorbida como estaba con los preparativos del enlace, con el que continuaron a pesar de la misteriosa desaparición y la conmoción resultante de ésta. No era cuestión de echar desgracia sobre desgracia, habían concluido tras hablarlo largo y tendido.

Lo que realmente le gustaba era lograr que todo el mundo le quisiera y lo tuviera por un joven de provecho, mas no porque necesitara sentirse querido, ni porque le importase realmente el qué dirán, más bien porque disfrutaba con ello, enormemente. Toda esa gente, en realidad le traía sin cuidado.

Tal sensación le parecía sublime, el hecho de tener que controlarse en situaciones tan intensas para él, le producía un gran placer y una sensación de poder absoluto. Sólo unas pocas veces había dado rienda suelta a su “pasión”, siendo consciente del peligro que entrañaba. No perdía el control, pues si lo hiciera de forma regular, además de perder la intensidad de lo que se hace esperar, a lo que no estaba dispuesto, podría llegar a ser sólo algo salvaje y animal, y a él lo que le gustaba era ese juego de autocontrol, tan siniestro y oscuro.

Ya cerca de su casa, se desvió por un camino de tierra, mientras con una sonrisa en los labios, olió por última vez antes de pararse a prenderle fuego, aquel abrigo que se había quedado en el asiento del copiloto. Recordó aún excitado los sollozos, los inútiles forcejeos, los patéticos ruegos de aquella chica mientras la violaba, su cara de desesperación, su angustia, su

pánico, cuando sin ejercer presión en exceso, para disfrutar más del momento, la estrangulaba...

Al menos, no pasará sola la eternidad, eso seguro, pensó divertido...

Al abrir los ojos pudo ver desde donde se encontraba, la tenue luz del ocaso que se filtraba por la estrecha entrada, casi cerrada por la vegetación, de lo que parecía ser una pequeña gruta excavada por el inexorable paso del tiempo.

De pronto lo recordó todo. Las imágenes se sucedían y se agolpaban en su cabeza, recordándole el horror del que había sido víctima.

¿Estaba viva? Debía de estarlo, sentía un dolor físico generalizado, y un frío intenso que entumecía todo su cuerpo. Se llevó la mano a la entrepierna y al notar la sangre se echó a llorar con un sentimiento de humillación y desconsuelo como jamás había conocido. Trató de incorporarse y se golpeó la cabeza con el techo. A pesar de la luz que quería entrar, ésta no alcanzaba más que para que la oscuridad no fuera absoluta.

Agachada, l. observó atentamente, y tanteando con las manos logro encontrar su ropa, que siniestramente doblada junto a sus zapatillas, hizo que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo. ¡Qué clase de monstruo...!

Le pareció ver una silueta junto a ella y pensó que sería su abrigo. Se vistió torpemente, incapaz de parar el temblor que la sacudía, en parte por el frío, en parte por el miedo que la dominaba. Cuando fue a coger el abrigo, se dio cuenta de que sí, era ropa, mas no su abrigo. Un vestido, ropa interior, unos zapatos de tacón. Al percatarse del posible significado dio un respingón y volvió a golpearse la cabeza. No le hacía falta buscar el otro cuerpo, seguro que estaba ahí.

Se encaminó hacia la luz, cada vez más tenue, a través de aquella angosta cripta natural que había sido su tumba en vida. Una vez fuera, fue recibida por la luz crepuscular. No tenía la más remota idea de hacia dónde debía dirigirse. No entendía cómo en unas horas su vida había transmutado de amanecer a ocaso. Quizá Dios existiera, mas si así fuera, para ella estaba muerto y enterrado por toda la eternidad en aquel lugar infernal. Tomó una dirección, y echó a correr. ¡Quién sabe si aquel loco enfermo hijo de puta no andaría cerca!, además entraría en calor.

Cuando ya no podía más, tras unos cuantos tropiezos, un poco liberada de la sensación de sentirse perseguida, decidió seguir caminando. Ya era de noche y casi no podía ver dónde pisaba.

Tras un tiempo que se le hizo eterno, desorientada y desesperada, se detuvo a descansar. Se sentó en una roca y rompió a llorar nuevamente mientras los recuerdos la acosaban.

La primera vez que lo vio, asistía a la representación que habían realizado hacía no mucho en el instituto. Le llamó la atención, era muy joven como para ser padre, y pensó que sería el hermano mayor o un amigo de alguno de los de último curso, aficionado al teatro y un friki; la versión era original sin subtítulos. En el programa había un resumen del argumento, pero a los diez minutos ya pudo ver las primeras cabezadas, muy pocos estarían entendiendo algo, actores incluidos.

La obra, una colaboración entre la clase de teatro y los departamentos de inglés y artes plásticas, era *The Mousetrap*, de Agatha Christie, obra de los años cincuenta del siglo XX ambientada en los cuarenta, que tuvo un gran éxito, tanto que nunca desde entonces se ha dejado de representar.

Interpretaba a la señorita Casewell. Le encantaba aquel personaje, ya que le exigía actuar de una forma un poco vulgar y como un marimacho, y como le encantaban los retos, el que fuera en inglés era un aliciente más, pues ella lo controlaba bastante a pesar de no tener muchas ocasiones de practicarlo.

Él no había dejado de observarla, y lejos de sentirse incómoda, le pareció una especie de reconocimiento de su actuación, que tanto se había esforzado en pulir, no como sus compañeros, que parecían tomárselo a cachondeo. Además, era un tipo bastante atractivo.

De camino a casa se lo encontró apoyado en la marquesina del autobús fumando un cigarrillo, mientras contemplaba la puesta de sol. Esperaba un comentario, pero no fue así, pareció no haberla visto llegar, lo que la desilusionó un poco. Finalmente, se armó de valor y tras saludarle, le dijo que lo había visto entre el público y que le encantaría escuchar una crítica, una visión objetiva, en el instituto sólo le decían que muy bien todo, como siempre. Él había sonreído, y en inglés, le contó lo que le había parecido en general y cómo le había sorprendido particularmente su actuación, que estaba a otro nivel, tanto en interpretación como en pronunciación, cadencia y ritmo del inglés. Ella contestó también en inglés y entablaron una larga conversación.

Cuando vio acercarse el autobús, pensó que seguirían charlando dentro, pero él se despidió de ella diciéndole que no lo estaba esperando, que vivía cerca del instituto, y estaba en la marquesina porque había cogido la costumbre de ir a ver desde allí el ocaso, pues las vistas eran excelentes.

Le dijo que siempre que quisiera practicar un poco ya sabía dónde encontrarlo antes de que el sol se pusiera todos los viernes, aunque imaginaba que a sus padres no les haría gracia y que a sus amigos les parecería una rarita si se lo contaba. Ella contestó que salía del instituto a la hora de comer, pero los viernes podría volver por la tarde a charlar un poco y a disfrutar del ocaso. A sus padres no les contaba casi nada porque eran unos histéricos.

Se despidieron y quedaron en verse allí el viernes siguiente.

Hablaban de todo, teatro, literatura, música, de sus vidas y sus respectivas visiones de éstas. Se encontraba muy a gusto, y además, no la juzgaba ni hacía que se sintiera como un bicho raro. Puede que hasta se estuviera enamorando.

Confiaba en él. Por eso aquel viernes, cuando apareció en una pick-up de color blanco, disculpándose por no poder quedarse y ofreciéndose a llevarla hasta su casa en compensación por el tiempo que había perdido en ir hasta allí, ella aceptó sin pensárselo dos veces.

Él se había detenido aduciendo que necesitaba las gafas de sol, pues la luz que precede al ocaso podía llegar a ser muy molesta. Tras buscar en su lado, le dijo que mirase a ver si la funda con las gafas estuviera en su puerta o en el suelo. Ella se había desabrochado el cinturón y estaba buscando, cuando de repente sintió como, sin tiempo para reaccionar, él la agarraba con un brazo, y con la mano libre le tapaba la nariz y la boca con un trapo.

Se había despertado sacudida violentamente. Cuando fue consciente de lo que estaba pasando se dio cuenta de que estaba totalmente desnuda, a excepción de los pendientes y el colgante, apoyada contra un árbol. Él se había encendido un cigarrillo y amenazaba con arrancarle la piel a tiras, literalmente, si trataba de huir, pues era inútil y no le apetecía jugar al pilla pilla, dijo sonriendo burlescamente.

Totalmente confusa y sorprendida por la increíble transformación sufrida por aquel joven al que ya consideraba un amigo íntimo, escuchó con espanto como le relataba lo que pensaba hacerle. No podía parar de llorar mientras escuchaba como primero pensaba violarla y después estrangularla para terminar dejando su cuerpo ya sin vida en un lugar dónde jamás sería encontrado. Por aquel lugar nunca pasaba nadie excepto él, había asegurado.

Y cuando terminó de fumar...

De pronto le pareció ver el destello de unas luces a lo lejos.

Otra vez.

Y otra más.

No debía de estar lejos de alguna carretera o camino de montaña. Dudó un instante si ir en su busca, pensando en si no sería él. Había corrido y caminado durante un tiempo que se le había hecho eterno, pero no estaba segura de haber avanzado mucho.

Una vez más las luces.

Echó a correr de nuevo entre los árboles y la vegetación, esta vez con una dirección clara. Tropezó y se hizo daño en el tobillo izquierdo, pero se levantó y a pesar del intenso dolor, siguió corriendo, entre lágrimas y una angustia insufrible que crecía a cada zancada,

sumergiéndola en un estado de histeria cada vez mayor, desesperada y horrorizada ante la idea de no llegar a tiempo.

No tardó en alcanzar la carretera.

Oscuridad y silencio.

Se derrumbó entre sollozos. Había llegado tarde y ahora estaba sola de nuevo.

Pero al cabo de un par de minutos comenzó a escuchar el sonido de un coche, al que siguieron las luces de los faros. Debía de distar del punto en el que ella se encontraba unos cientos de metros en línea recta. Comenzó a agitar los brazos y a gritar.

Totalmente cegada por la potente luz y la desesperación, no tuvo tiempo de reaccionar y apartarse de la trayectoria del vehículo.

Las estrellas no detuvieron su paso a través de la bóveda celeste, pero la noche derramó fugaces lágrimas de fuego sobre la atmósfera, mientras un silencio absoluto parecía honrar el alma de la inocente. Nada pudo evitar aquel fatal desenlace, desgraciada conjunción de fatídicas y arbitrarias circunstancias.